

fictos graves. La gobernadora Margarita echó mano de recursos extremos, como era el embargo de las temporalidades de los preladados de Brabante; modificó de su propia autoridad arbitrariamente la constitución de la ciudad de Bruselas, y hasta se le atribuyó la intención de hacer anegar á los eclesiásticos rebeldes. Con gran satisfacción aceptó el armisticio que le ofreció Inglaterra, y que ella convino simultáneamente con Francia en junio de 1528, sin la aprobación del emperador.

En aquel tiempo ocurrió entre Carlos y Francisco aquel curioso lance de honor, cuyo resultado, mas cómico que trágico, estaba previsto á pesar de la gravedad del emperador. Carlos había declarado en el verano del año 1527 á un embajador francés que su soberano había procedido como mal caballero, infame y cobardemente, y que él, es decir, Carlos, prefería zanjar la cuestión en el terreno del honor personalmente; y habiendo insistido en que se comunicara esta insultante opinión al rey Francisco, al cual se había ocultado durante algun tiempo, éste creyó deber responder en un cartel que el emperador mentía descaradamente, invitándole á fijar el sitio del desafío. Como era de presumir no pudieron ponerse de acuerdo las partes sobre este punto, pero Carlos cometió la baja de hacer sentir su ira con un tratamiento mas duro que hasta entonces á los hijos de su contrario, que tenia en España en rehenes. A pesar de esta enemistad mortal, las mujeres de ambas cortes consiguieron cumplir «su misión natural,» como dijo la madre de Francisco I, y dar lugar á la tan deseada paz. Ya antes se había dirigido el rey secretamente á su desposada, Leonor de Portugal, que llevaba entonces el título de reina de Francia, y ésta se prestó gozosa á encargarse de la mediación cerca de su hermano; mas el mérito principal en este arreglo de paz, que con razon recibió el nombre de «la paz de las damas,» cupo á la tía del emperador, Margarita, que ya por su padre Maximiliano había sido admitida como consejera confidencial en los asuntos políticos. Aquella princesa empezó por hacer sondear la corte de Francia y encontró la mejor disposición en la madre de Francisco I. Antes, sin embargo, de que estas dos mediadoras se reunieran venciendo grandes dificultades en Cambray para conferenciar personalmente, había hecho su paz con el emperador el Papa, siempre solicitado por ambas partes, y siempre procurando no contraer compromiso ninguno definitivo, pero tambien siempre «codicioso de dinero y en extremo villano,» como dijo un representante de Carlos. Asombra leer cómo Clemente, con todo su genio vengativo, se dejó tratar por los españoles altaneros; pero el caso es que tenian mucho que ofrecerle, y sobre todo le tranquilizaron tocante al concilio, diciéndole que éste, por ser un manantial de innovaciones y de peligros, tampoco era muy del gusto del emperador. Clemente, por su parte, habría preferido antes de consentir en la reunion de un concilio, hacer otras concesiones menos peligrosas á los luteranos.

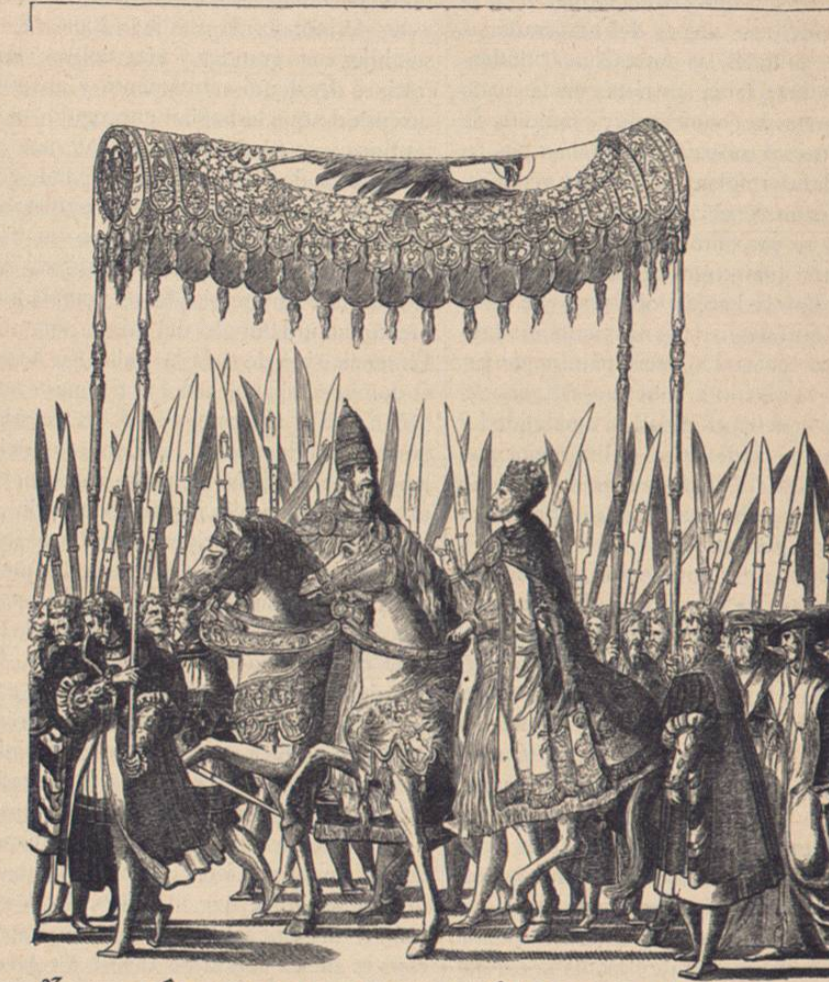
Al fin se firmó la paz en Barcelona el 29 de junio de 1529. Por esta paz fueron restituidos al Estado de la Iglesia los territorios que se habían apropiado Venecia y el duque de Ferrara, y sobre todo quedó asegurado el restablecimiento de los Médicis en Florencia. Respecto de Milan quedó estipulado que en caso de probarse la culpabilidad de Sforza, decidirían de la suerte del ducado el emperador y el Papa de comun acuerdo. Una semana antes de firmarse esta paz, en 21 de junio, Leyva había destruido cerca de Landriano al último ejército enviado desde Francia á Italia. Estos resultados fueron aun excedidos por el triunfo diplomático que consiguió Margarita en Cambray. En el citado mes de junio había declarado el rey Francisco solemnemente al embajador italiano que sacrificaría en aras del bien de sus aliados hasta

su vida y la libertad de sus hijos; pero en la paz de Cambray sacrificó en 5 de agosto á sus aliados italianos en cambio de la renuncia del emperador á que se le entregara la Borgoña, reservándose, sin embargo, expresamente sus derechos y su defensa ante el tribunal. Para el rescate de los príncipes se fijó la suma de dos millones de talers de oro, que habían de servir de base financiera del poder imperial del dueño de Europa, que poco antes se había visto en los mayores apuros para reunir 200,000 ducados con que hacer su viaje á Italia. Cuando finalmente abandonó su retiro de España para disponer del porvenir de Italia y de Alemania, no se presentó en estos países como nueve años antes para entrar en la gran lucha de su vida, sino con la conciencia del éxito, en plena edad viril, cambiado y sin tener primer ministro. Los hombres de su confianza sabian, como escribe un observador alemán, que no queria ser gobernado y que ardía en deseos de hacer ver al mundo entero su grandeza y poderío. Mientras estuvo en España trabajó la suerte por él, y á la sazón le acompañó como vencedor cuando á pesar de todos los consejos se dispuso á seguir su propia convicción y á luchar directamente con el Papa y con Lutero. Contra todo lo que era de esperar, había pasado el terrible peligro de la invasión turca, y apenas había levantado Soliman el sitio de Viena cuando cayó el hombre político de Inglaterra, cuya vigilancia había logrado hasta entonces tener en jaque al imperialismo habsburgo.

Carlos V gana en grandeza cuando le comparamos con monarcas como Francisco I ó Enrique VIII, que tan poco se cuidaron de cumplir sus deberes; y aun el carácter frívolo del rey de Francia con sus queridas parece inocente al lado del despotismo indómito del rey de Inglaterra, que durante su vida escasamente siguió mas propósitos que los puramente personales. Constituía el fondo de su carácter una vanidad sin límites aumentada por una instrucción mas deslumbradora que profunda. Cuando joven mostró su vanidad de una manera enteramente pueril alabando en cada ocasion sus excelencias físicas, tanto que obligó una vez á un embajador de Venecia á admirar la hermosura de su pierna. Mas adelante le gustó alabar su posición en Europa, con una satisfacción que rayaba en locura; pero en lo que mas se manifestó la miseria intelectual y moral de aquel brutal egoísta fué en el motivo y en el curso de su separación de la religión católica, separación que llevó en pos de sí la caída de su consejero mas fiel. No se puede menos de recordar el adagio respecto de las causas pequeñas que producen grandes efectos al observar que de un capricho amoroso de Enrique VIII resultan los mayores cambios políticos y eclesiásticos; pues si al fin se divorció de su esposa española, el principal móvil de la política de Inglaterra no fueron motivos dinásticos ni escrúpulos religiosos, sino una pasión sensual, cuyo objeto era la coqueta Ana Bolena con sus hermosos ojos negros y su rica cabellera tambien negra. Ana Bolena tuvo bastante dominio sobre sí para resistir tenazmente las solicitudes del regio é impetuoso amante. No quiso ser ella querida del rey como lo había sido su hermana mayor, ya arrinconada. En vano suplicó Wolsey á su soberano que abandonase la idea del divorcio; el mismo cardenal tuvo que prestarse so pena de perder su posición á activar este asunto en Roma. Desde el mes de junio de 1527 vivía el rey Enrique separado de hecho de su esposa, y dos meses despues Ana Bolena envió á decir al cardenal, á su regreso de Francia, que se presentara al rey. A pesar de todo trató Wolsey de entrar en un convenio con aquella mujer peligrosa, mientras Enrique, á espaldas de su ministro, trataba de conseguir en Roma la dispensa para anular su matrimonio, y cuando no, para la bigamia. Wolsey logró quitar este último propósito de la ca-

beza del rey; mas á pesar de todo no consiguió de Clemente VII el divorcio, porque este Papa, atendida su situación de entonces, no quiso cargar con la responsabilidad política gravísima de semejante paso, á pesar de que el cardenal le había hecho presente ya á fines del año 1527 la voluntad inquebrantable del rey y el desprecio del poder del Papa que estaba en la atmósfera. El asunto se decidió en realidad en los campos de batalla de Italia; porque al fracasar la empresa de Francia delante de Nápoles, no hubo ya para Inglaterra ninguna esperanza de hacer ceder al Papa, el cual, según él mismo dijo, se hallaba «entre el martillo y el yunque» y

trató de dar largas al asunto por medio de su legado Campeggi. Al fin, en julio de 1529 trasladó éste todo el asunto á Roma, cuando se había hecho insostenible la situación de Wolsey, sin que le valiera su habilidad para defender su posición contra los ataques de sus contrarios. Detrás de Ana Bolena estaban los antiguos adversarios del cardenal pertenecientes al partido aristocrático inglés, y con el fracaso completo de su política anti-imperial perdió el favor del rey, favor que hasta entonces había gozado á costa de una impopularidad formidable. En octubre de 1529 se le formó causa y se le quitó el gran sello; y el cardenal ministro, poco antes



CLEMENS VII PONT MAX IMP CAES CAROLVS V P F AVG

Paseo triunfal del papa Clemente VII y del emperador Carlos V despues de su coronacion en Bolonia, en febrero de 1530  
Facsimile de un grabado en cobre de Nicolás Hogenberg

todopoderoso, tuvo que suplicar á su rey como su humildísimo, «oprimido y pobre capellan y compañero de oraciones» que le perdonara y tuviera misericordia de él. El rey le perdonó; el cardenal no perdió la esperanza de reconquistar su posición anterior con la ayuda de la Francia ó del emperador, pero se descubrieron sus relaciones con los embajadores extranjeros y en 4 de noviembre de 1530 fué preso; y al ser trasladado á la Torre de Lóndres murió en el camino, en la abadía de Leicester, donde dijo al teniente de la Torre que se había encargado de él: «Si hubiese servido á Dios con tanto celo como he servido al rey, no me habría abandonado Dios en mi vejez.» La suerte de su soberano dió mucho en qué pensar á este hombre hasta su último aliento y antes de expirar encargó que avisasen al rey para que se apartase del espíritu peligrosísimo de la herejía luterana, como contrario al gobierno del Estado. La muerte preservó á este gran po-

lítico del hacha del verdugo, que pocos años despues separó la cabeza del cuerpo de su bella y astuta enemiga mortal. El mundo ignoraba entonces todavia el verdadero carácter de Enrique VIII, excepto Wolsey, que una vez estuvo de rodillas horas enteras delante de su soberano para quebrantar su terrible obstinación sin poder lograrlo.

Muerto el cardenal, siguió su curso la separación de Inglaterra de la silla de San Pedro, como Wolsey lo había predicho, y entretanto se debilitó la política extranjera de Inglaterra, con gran ventaja de Carlos V, en la confusión de la revolución eclesiástica. Francisco I y el emperador empezaron á considerar á Enrique como un loco con el cual no se podía contar para nada; pero el carácter elevado que Wolsey había comunicado al gobierno de Inglaterra vivió, según dice Brewer, y hasta levantó á veces á un rey miserable como Enrique VIII por encima de su pequeñez.

Cuando en 12 de agosto de 1529 desembarcó Carlos V en Génova continuaba en Italia todavía la guerra, pero el peligro de los turcos contribuyó á que se hiciese la paz. La última resistencia al arreglo procedió de Venecia, Milan, Ferrara y Florencia, encargándose del papel de mediador para con las dos primeras Clemente VII, sin que por esto renunciara á sus reclamaciones contra Venecia. En esta ciudad se dijo que el Papa merecía mas bien el título de archi-hereje que de jefe de la cristiandad; pero el Papa en su interés propio quiso conservar la poderosa república y el ducado de Milan. Durante meses vivieron el emperador y el Papa en Bolonia casi en un mismo alojamiento, pues solo les separaba una puerta, y así se llegó á un arreglo que favoreció mas bien el interés del Papa y de los Médicis que el del emperador, á pesar de que éste siempre, en todas las entrevistas confidenciales con el astuto florentino, tenía sus notas en la mano para no omitir nada. Entonces la creencia muy extendida de que el emperador era obtuso ó indolente, y estaban sus facultades intelectuales medio dormidas, quedó muy rectificada. «Puede decirse, escribe un veneciano, que el emperador se despertó súbitamente y se presentó vivo, osado y valiente.» Esta práctica de meditar bien antes de hablar y de sostener sus ideas con tenacidad, la habían observado ya otras personas, cuando no se dejó engañar por las hermosas promesas de Francisco I, de las cuales solo infruyó para su gobierno que este rey conservaba la afición á la hermosa Italia. Sabía perfectamente emplear con oportunidad la amabilidad y la brusquedad, y para atraerse su favor no había mejor medio que apelar sin reserva «á su ilimitada benignidad,» como hicieron con buen éxito el muy amenazado duque Francisco Sforza y también Alfonso de Ferrara.

A su propio trabajo debió Carlos entonces la paz con sus contrarios italianos y el arreglo de una alianza defensiva, firmada en 23 de diciembre de 1529, entre el emperador, el Papa, el rey de Hungría, Venecia, Milan, Saboya, Montferato, Mantua, Génova, Siena y Lucca. El 1.º de enero de 1530 fué proclamada la paz y entonces tuvo efecto la coronación del emperador, solemnidad la mas singular que el mundo había visto, no pareciendo sino que el sacro imperio romano, que antes había pasado de los griegos á los alemanes, hubiese pasado de estos últimos á los romanos; porque en lugar de los príncipes electores y demás magnates alemanes rodearon á Carlos V los grandes de España y soberanos italianos cuando en 24 de febrero, su cumpleaños y aniversario de la batalla de Pavia, se ciñó en la catedral de Bolonia la corona de Carlomagno. Carlos V se apartó de la antigua usanza de ser coronado en Roma á fin de presentarse mas pronto ante los herejes de Alemania. Juró en la ceremonia de coronación conservar hasta donde alcanzaran su poder y sus facultades, como protector y defensor del Papa y de la Iglesia romana, los dominios, honores y derechos pontificios; bien que el papa Clemente VII suspiró durante la ceremonia tan hondamente, que los asistentes vieron levantarse y bajarse sobre su pecho su pesada y magnífica capa. Brosch ha comparado acertadamente esta postrer coronación de un emperador romano por un Papa humillado con la coronación de Napoleón I; pues si por lo pronto se presentaron ante el mundo en buena inteligencia los dos antiguos poderes representados por el emperador y el Papa, sobre todo cuando el nuevo protector de la Iglesia se dirigió al Norte para volver á imponer el yugo de la Iglesia á los alemanes refractarios, no dejó de temer el Papa interiormente la reunión de un concilio que Carlos había pedido, mientras los luteranos alemanes empezaban á temer las medidas violentas del emperador.

La Italia, despues de la partida del emperador, quedó chorreando sangre por mil heridas, como ejemplo terrorífico

de la resistencia quebrantada. De nada sirvió á los florentinos haber expulsado en 1527 á los Médicis, haber proclamado á Cristo por rey suyo, haber renovado las tradiciones político-religiosas de Savonarola y estar decididos á sostener heroicamente su libertad aunque fuese menester arruinar el país y perder cada uno sus propios bienes y su vida. Reducidos á sus propias fuerzas sucumbieron despues de un prolongado cerco ante las tropas que el emperador había dejado á la disposición del vengativo Papa. En 12 de agosto de 1530 capituló la población infortunada, para poner en lugar de su pasado republicano el dominio de un hijo ilegítimo del Médicis favorecido por el emperador. El jefe de las tropas florentinas, Malatesta Baglioni, había hecho traición á la ciudad; y tan desmoralizada estaba la Italia de entonces que uno de sus hijos mas grandes y mas nobles, Miguel Angel Buonarrotti, se desalentó súbitamente y abandonó los trabajos de defensa de que le habían encargado sus compatriotas los florentinos y se evadió de su ciudad natal.

La caída de Florencia fué el remate de la obra de destrucción que tres años antes había empezado con el saqueo de Roma. El renacimiento italiano en flor quedó herido de muerte y la célebre *Noche* de Miguel Angel, que no sentía la miseria é ignominia de su tiempo, pudo pasar perfectamente como símbolo del triste porvenir no solamente de Florencia sino de toda la Italia. En Nápoles fué robustecido el dominio español con ejecuciones capitales. El duque de Milan estaba enfermo, y solo era cuestión de tiempo el ingreso de su ducado en los dominios del emperador; y Alejandro de Médicis, el nuevo soberano de Florencia, debía casarse con una hija ilegítima de Carlos. En Bolonia los embajadores de los príncipes y repúblicas italianas porfiaron por cuál de ellos pasaría delante de los demás en la ceremonia de la coronación, que para todos sin excepcion selló el dominio del extranjero, «aquél dominio hediondo de los bárbaros,» como había escrito Maquiavelo. La civilización superior debilitada por la división política y la decadencia moral sucumbió ante el genio español, mas rudo pero acostumbrado á una política grande y á una disciplina sólida. «Lo presente, dice Brosch, pertenecía al vencedor, pero el porvenir, si bien lejano, pertenecía á los vencidos.»

Una inscripción destinada á conmemorar la comun residencia de los dos jefes de la cristiandad en el palacio papal de Bolonia, dice que el emperador partió á Alemania para sofocar las intenciones impías de los rebeldes y para concluir la guerra contra los turcos. Ya se ve que en el fondo de los propósitos de Carlos había, al lado de la convocación de un concilio general, una gran empresa cristiana contra los turcos, el ensueño antiguo de su abuelo Maximiliano; pero por lo pronto urgían mas otras cuestiones, entre las cuales dos eran las principales: primera, la de la herejía luterana, descuidada durante años, y que por su union trascendental con muchos soberanos del imperio había adquirido una forma política mas robusta y por lo mismo una importancia mas peligrosa para las combinaciones políticas de los potentados alemanes; y segunda, también descuidada largo tiempo, el hecho de verse el hermano del emperador dueño de vastos territorios que solo podían sostenerse en union con el imperio y usando de sus recursos militares. Los propósitos del emperador eran primero un arreglo amistoso ó forzoso con los luteranos y la obtención de la dignidad de rey de Romanos para el dueño de aquellos vastos territorios, que en su union con el imperio debían dar lugar al imperio austriaco venidero. Carlos V ignoraba todavía entonces las fuerzas que durante su larga ausencia habían nacido y se habían desarrollado en Alemania. Los luteranos se habían hecho protestantes,

## CAPÍTULO II

ORIGEN DEL PROTESTANTISMO ALEMÁN  
Y DE LA MONARQUÍA AUSTRIACA

La reforma de Lutero había entrado tiempo hacia en una etapa en la cual era indispensable un arreglo con las fuerzas políticas de la nación. La pesada organización del imperio no había permitido que se llegara á un arreglo decisivo, pero los desórdenes de la nobleza díscola y de la revolución de los campesinos reclamaban con urgencia dar al Evangelio, que no podía arrojarse del mundo y que debía influir al contrario sobre él, una protección sólida y permanente. Quizás esto demuestra con mas evidencia la importancia superior de las entidades políticas, sin cuya protección no pueden existir con seguridad las manifestaciones mas libres é independientes del espíritu humano. Pocos hombres de actividad y energía han estado por su índole tan apartados como Lutero de la política, al paso que sostuvieron con igual calor la completa independencia del individuo en materia de religión. Quizás por esto mismo perdió Lutero la brújula al realizar sus ideales, porque á pesar de comprender las necesidades de una nueva vida social, y á pesar de su veneración al gobierno civil y sus atribuciones, le faltó el criterio en estos terrenos, y con esta falta de criterio entró en el movimiento progresivo é incesante que desde el siglo xv se esforzaba en añadir á las facultades de los soberanos territoriales la supremacía en materia eclesiástica. Dollinger dice en una parte que Lutero pudo fundar una religión, pero fué incapaz de fundar una Iglesia. A pesar de esto, Lutero en los últimos decenios de su vida parece fundador forzoso de una Iglesia y dueño eclesiástico de la mayor parte de Alemania. Ya no fué entonces el héroe nacional de sus primeros años, y se comprende que no pudiendo sostener el trabajo penoso que cayó sobre sus hombros fueran mas frecuentes su desaliento y sus horas de desesperación. Por lo mismo hay que apreciarlo tanto mas cuanto que conservó su natural amable y simpático en la vida doméstica, en la que fué un dechado de padres de familia para toda su nación. Comparada con la sólida y militante organización de la creación de Calvino, la organización eclesiástica hecha por Lutero era una cosa pobre y mezquina, pero por lo mismo la imagen de Lutero como hombre realmente grande y bueno ha quedado grabada en los corazones de sus compatriotas los alemanes.

No se adelantó la vida de familia de Lutero á su época; su esposa, Catalina de Bora, que, según él mismo atestigua, le sirvió «como una criada,» no tiene casi nada de comun con las mujeres italianas mas ideales y nobles, como Isabel Gonzaga ó Victoria Colonna. Bastante importancia tuvo ya el hecho de que el fraile excomulgado se casara con una monja fugada de su convento. El casamiento se efectuó el 13 de junio de 1525; este suceso era de esperar del adversario declarado del mundo monástico, y de no haberse realizado, habría servido á sus enemigos como á sus amigos para criticarle, pues que hasta el sensible Melancthon, que no había sido consultado, calificó en una carta confidencial á su gran amigo de aficionado á mujeres y vanidoso y consideró su casamiento como una necedad. Lutero dijo con mucha razón que se había hecho tan despreciable que «los ángeles se reían y los demonios lloraban.» Todas estas críticas, que continúan aun hoy, se encuentran contrabalanceadas con ventaja por la imagen de Lutero como padre de familia, que cual otro niño juega con sus hijos y les enseña el arte verdaderamente alemán de ennoblecer la vida y disfrutarla en una situación modesta. Por lo demás, aunque no despreciaba las satisfacciones materiales de la existencia, nunca pudo tener dinero

reunido, ni nunca pudo negar un socorro al que le suplicaba. Lutero derrochó entre sus amigos y comensales un tesoro de buen humor y de ingenio sin apurarle nunca, tanto que muchos de sus admiradores en su afán de conservar cada palabra de su maestro han ocasionado mas perjuicio que honra al reformador, hasta que en nuestros tiempos se han eliminado de sus llamados discursos de sobremesa muchísimas interpolaciones soeces, quedando, sin embargo, todavía muchas expresiones groseras que se usaban en aquellos tiempos. Sin embargo, compárense con tales expresiones frívolas la célebre carta del reformador á su hijo Juanito, carta que no puede leerse sin cobrar cariño al autor. Juan Kessler dice en un escrito que la gravedad de Lutero iba tan mezclada con amabilidad y alegría que daban deseos de vivir con él, como si Dios hubiese querido demostrar su riquísimo evangelio, no solamente por la doctrina de Lutero, sino también por sus gestos. El mismo hombre que tan rudos mandobles repartía en sus polémicas literarias fué en la vida doméstica mas bien demasiado amable que riguroso y siempre estuvo dispuesto en sus horas de descanso á regocijarse con todo lo que se le ofrecía, con los hijos, con una mirada al través de la ventana ó una excursión al campo; con perros y pájaros, que deseaba encontrar también en la vida futura; con el tiro al blanco, con el juego de bolos, con la música y también con un buen trago que esperaba que Dios le abonara. En estas satisfacciones inocentes no se observó ya nada de sus anteriores temores monásticos, ni de aquel entusiasmo medio poético y medio místico con el cual Francisco de Asís saludaba á su hermano Sol, á su hermana Aire y á sus hermanos los pájaros. Podría llamar la vida casera y seductora de este gran hombre «la robusta y sana prosa del genio alemán,» como ha dicho una vez Federico Vischer. Por supuesto que este rasgo nacional produjo en el terreno político eclesiástico un efecto muy distinto del que le hace tan seductor en la vida doméstica. No quiere decir esto que le faltara al reformador un rasgo grande é independiente; pero Lutero fué demasiado idealista para pensar en una organización práctica de su Evangelio, y el ideal de una Iglesia que tenía en su alma era demasiado elevado para poder ser traducido en realidad.

Ya hemos visto como partiendo de los principios de un sacerdocio general y de una completa libertad de conciencia, se vió naturalmente impulsado á profesar el principio de la comunidad; si bien no tenía desde luego la intención ni mucho menos el proyecto fijo de fundar una nueva Iglesia, puesto que su doctrina se dirigía solo á resucitar los primeros tiempos del cristianismo y á eliminar las innovaciones posteriores que le desfiguraban. Durante algun tiempo se propuso separar á los que consideraba cristianos verdaderos de los demás por una manera especial de celebrar la comunión, sin procurar jamás realizar «semejante comunidad de santos.» La Iglesia, dijo, quiere decir el santo pueblo cristiano, no solamente el del tiempo de los apóstoles sino el que existirá hasta la consumación de los siglos. Sin embargo, en algunos puntos se introdujo la autonomía eclesiástica de las parroquias, según un escrito de Lutero publicado en 1523 en virtud del cual cada parroquia debía tener el derecho de juzgar todas las doctrinas, de nombrar, instituir y destituir maestros. Hízose el primer ensayo de esta autonomía tumultuosamente en Wittenberg en ausencia de Lutero, como ya dijimos á su tiempo, y una cosa análoga ocurrió en 1523 en Leisnig y en 1524 en Magdeburgo. Según dice Richter, se confundieron completamente allí la vida eclesiástica y la civil, debiendo servir los fondos eclesiásticos á la vez para la enseñanza y la beneficencia y formándose así una verdadera comunidad cristiana administrada por presidentes electivos y bajo la vi-